EMILY MACALLISTER



Entre el hielo y el fuego

Entre el hielo y el fuego

Emily Macallister

Este libro electrónico/libro está protegido por derechos de autor. Queda expresamente prohibida la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de la obra, en cualquier forma o por cualquier medio, incluidos los medios electrónicos o mecánicos, como la fotocopia, la grabación o cualquier otro sistema de almacenamiento, sin la autorización previa por escrito del autor o del titular de los derechos.

Los nombres, empresas, lugares y acontecimientos mencionados en este libro electrónico/libro son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier similitud con nombres, empresas, lugares o acontecimientos reales es pura coincidencia.

Este libro electrónico/libro está destinado exclusivamente al uso personal. Cualquier uso, reproducción, distribución o divulgación no autorizados del contenido de este libro electrónico/libro, ya sea con fines comerciales o no, constituye una violación de los derechos de autor y será perseguido civil y penalmente. Si tiene alguna pregunta o consulta sobre el uso o la distribución de este libro electrónico/libro, póngase en contacto con el autor.

Este libro contiene descripciones explícitas de actos sexuales que no son aptas para menores de 18 años.

Capítulo 1

Regreso a casa en el fiordo

YRSA

El viento olía a infancia.

Sal, algas, madera vieja y ese soplo fresco que venía del agua y se deslizaba entre la piel: así era el fiordo tal y como lo recordaba. Cuando el barco se acercó lentamente al embarcadero, aspiré profundamente el aire. Era temprano, el cielo estaba plomizo y la luz era tenue.

La primavera había vuelto, pero el invierno aún se escondía en las sombras de las montañas.

Lo vi desde lejos.

Leif estaba al final del embarcadero, con los brazos cruzados y los hombros anchos, la mirada tranquila. Había envejecido, o tal vez era solo la luz, pero de alguna manera seguía teniendo el mismo aspecto que el verano en que salimos a remar solos por primera vez. Silencioso. Alerta. Constante.

Una extraña sensación recorrió mi pecho.

Salté del bote y mis botas chapotearon en el agua antes de que tocara tierra firme. Leif se adelantó y me puso las manos en los hombros, como siempre hacía cuando yo regresaba. Amable.

Familiar. Y, sin embargo, algo parecía diferente, tal vez era mi corazón, que latía demasiado rápido.

«Has vuelto», dijo, y yo solo asentí con la cabeza.

«Y tú sigues ahí, firme como una roca», murmuré, tratando de sonreír.

Él esbozó una sonrisa. «Ya sabes lo que se dice de mí».

«¿Que nunca vas a ningún sitio?».

«Que siempre estoy ahí cuando llegas».

No respondí. Demasiadas palabras se agolpaban en mi cabeza, ninguna de ellas me parecía adecuada. Así que cogí mi mochila y caminamos uno al lado del otro por la orilla, atravesando el pueblo que había sido mi hogar y que, sin embargo, me resultaba extraño.

Los tejados seguían siendo los mismos. Las cabras olían igual que siempre. Y, sin embargo, había algo diferente. El aire estaba lleno de nuevas historias que se habían escrito sin mí.

Una joven pareja se acercó a nosotros, cogidos de la mano, ella con el vientre redondeado, él con una mirada que antes solo había visto en Leif: tranquila, orgullosa, casi protectora. Le devolví la sonrisa a la mujer, pero sentí una inquietud en mi interior. Otra amiga, Liv, pasó corriendo junto a nosotros con dos niños pequeños a cuestas. Apenas la reconocí. Había cambiado mucho mientras había estado fuera.

«Tengo la sensación de haber estado fuera demasiado tiempo», dije en voz baja.

Leif no respondió. En lugar de eso, se agachó para apartar una ramita del camino. Sabía que me había oído.

«Te han echado de menos», dijo finalmente. «Yo también».

Me detuve. Había dicho la frase tan bajo que parecía que casi no quería oírla él mismo. Pero yo la había oído. Perfectamente.

«Yo...». Quería decir algo, algo sincero, pero no encontraba las palabras. Así que negué con la cabeza, como para callarme a mí mismo, y seguí caminando.

Más tarde, cuando el crepúsculo cubrió el pueblo como un manto gris, nos sentamos junto al fuego en su cabaña. La conocía bien, había pasado allí muchos momentos de mi juventud, cuando el viento era demasiado frío o el corazón demasiado pesado. Nada

había cambiado. Las herramientas en la pared, la vieja piel sobre el banco, la pequeña figura de madera tallada en la estantería, que nunca me explicó.

«Hablas poco», le dije en un momento dado.

«Prefiero escuchar».

«¿Y qué estás escuchando?».

Me miró. Su mirada me sorprendió por su franqueza y mi respiración se aceleró ligeramente. Sus ojos eran más oscuros de lo que recordaba, o tal vez era solo el fuego que se reflejaba en ellos.

«Que estás cansada», dijo. «Y que no sabes dónde perteneces».

Podría haberme reído. También podría haberle gritado o simplemente haberme quedado callada. En lugar de eso, dije en voz baja: «Quizás realmente no lo sé».

Hablamos un rato más, de cosas sin importancia, que llenábamos con frases a medias. En algún momento nos reímos. Por algo tonto, que no tenía ninguna importancia, pero nos sentó bien. En los últimos meses, las risas sinceras se habían vuelto escasas.

Cuando me volví hacia el fuego, sentí de repente su mirada. Giré la cabeza lentamente.

Y allí estaba.

Abierta. Tranquila. Más cálida que el fuego que crepitaba entre nosotros. Contuve la respiración. Quizás solo un segundo más de la cuenta. Quizás fue una eternidad.

Aparté la mirada.

Pero en mi pecho latía algo que había olvidado hacía mucho tiempo.

Capítulo 2

La boda del pescador

YRSA

La música resonaba por toda la plaza, acompañada por el cálido aroma de la carne asada y el pan recién horneado.

Sobre el fuego se asaban pescados que por la mañana aún estaban en las redes, y un espeso hidromiel rojo fluía en vasos de madera como si no hubiera un mañana. Era una fiesta como no se había celebrado en el pueblo desde hacía mucho tiempo.

Se casaba un amigo de Leif: Sigmund, un hombre tranquilo, de brazos fuertes y risa franca. Su novia, Thyra, era dulce, con el pelo castaño dorado y una mirada pícara que delataba que no era tan callada como aparentaba.

Todos reían. Todos bailaban.

Solo yo me quedé al margen.

Sostenía una copa en la mano, a la que apenas había tocado, y trataba de no sentirme demasiado como una observadora. El vestido que llevaba era sencillo, azul oscuro con un fino dobladillo, pero me sentía como si llevara un disfraz. No formaba parte de ese juego, ni de esos abrazos, ni de esos ligeros roces al pasar. Parejas,

enamorados, prometidos. Una ronda de conexiones a la que yo no tenía acceso.

Leif estaba en medio.

Se reía con los demás, ayudaba a llevar los barriles, gritaba a un niño que casi se cae al fuego. Y yo... yo lo observaba. Una vez más.

Parecía tan natural. Como si estuviera tallado en la madera que solía trabajar con sus manos. Seguro, tranquilo, cálido.

Bajé la mirada y finalmente di un sorbo al hidromiel, que era más dulce de lo que esperaba. Me quemaba ligeramente la garganta. Justo cuando iba a darme la vuelta, oí pasos detrás de mí.

«¿Aún no has bailado?», preguntó una voz grave. Me volví: era Leif.

«Pensaba que estabas ocupada manteniendo unida a la aldea».

Resopló en voz baja. «Podéis pasar una noche sin mí».

Extendió la mano. Un gesto sencillo. Sin dramatismos. Sin expectativas. Pero su mirada era despierta, abierta. Y un poco... ¿vacilante?

Puse mi mano en la suya sin pensarlo. Sus dedos eran ásperos, cálidos. Tan familiares. Tan desconocidos.

«Solo un baile», dije en voz baja.

Él asintió. «Solo una».

El círculo de bailarines se abrió para nosotros. La música era rítmica, no demasiado rápida, una vieja danza que ambos conocíamos. Nos movíamos automáticamente, como antes, cuando éramos niños. Y, sin embargo, había algo más. Su mano descansaba en mi cintura, ligera, pero perceptible. Podía oír su respiración cuando se acercaba a mí, me giraba y volvía a atraerme hacia él.

Me reí una vez, brevemente, avergonzada. Él también. Era una risa que se atascaba en la garganta.

Cuando terminó el baile, su mano se quedó un momento en mi espalda. Solo un latido. Di un paso atrás, justo cuando otro hombre se acercaba a mí: Erik, un pescador, de complexión robusta, con demasiado hidromiel en la cabeza y muy poco respeto en la lengua.

«Yrsa», dijo con una sonrisa que me resultó desagradable. «Aún estás libre, ¿no? Quizás debería ocuparme de eso».

Estaba a punto de responder algo, algo mordaz, algo que le cortara, cuando Leif se interpuso. Ni una palabra. Ni un gruñido amenazante. Solo una mirada, firme como una roca.

Erik levantó las manos. «Está bien, está bien. Solo quería bailar». Y volvió a desaparecer entre la multitud.

Miré a Leif. «Gracias».

«No me gusta que los hombres hablen como si fueras una presa».

«No lo soy», dije. «Y no necesito que nadie me proteja».

«Lo sé».

Pero había un músculo que se contraía en su mandíbula, como si hubiera preferido decir otra cosa. Sentí cómo el aire entre nosotros se densificaba. Tantas palabras que no se pronunciaban. Tantas miradas que revelaban demasiado.

Me terminé mi vaso.

«Me voy a casa», dije entonces, aunque aún era temprano y la música acababa de empezar. Leif solo asintió sin detenerme.

El camino a mi cabaña estaba tranquilo. Solo se oía a lo lejos la risa de los fiesteros, amortiguada como en un sueño. Cerré la puerta, me quité el abrigo y respiré hondo.

Entonces lo oí fuera.

Un paso. Una sombra. Una vacilación.

Me acerqué a la puerta y la abrí un poco. Leif estaba allí, en la oscuridad, con los brazos cruzados. Levantó la cabeza cuando me vio, pero no dijo nada. Solo esa mirada, tranquila, inquisitiva, como una puerta abierta.

«Leif...». No pude decir nada más.

Sacudió ligeramente la cabeza, como si él mismo no estuviera seguro de por qué estaba allí. Luego se dio la vuelta y se marchó.

Me quedé mucho tiempo de pie junto a la puerta, mientras la noche a mi alrededor se quedaba lentamente inmóvil en el silencio.

Capítulo 3

Tormenta sobre el fiordo

YRSA

Las primeras ráfagas llegaron por la tarde, rápidas y frías. El cielo ya se había nublado por la mañana, gris plomizo y pesado como un pelaje mojado. Las gaviotas gritaban nerviosas sobre el fiordo y los animales del pueblo estaban más inquietos de lo habitual.

Lo sentí primero en las manos, un cosquilleo que venía con el aire. El viento traía sal y algo intangible. Una advertencia. Ya lo sentía de niño, cuando se acercaba una tormenta.

Cuando el primer crujido recorrió las vigas del techo, ya estaba saliendo. Quería asegurar rápidamente una tabla suelta y atar unas cuerdas que protegían los gallineros.

Entonces oí pasos detrás de mí.

«¡Yrsa!».

Me di la vuelta. Leif se acercaba a mí a zancadas, con el abrigo ondeando al viento. Llevaba un hacha al hombro y tenía el ceño fruncido.

—Tu techo parece que va a salir volando con la próxima ráfaga de viento.

Arqueé una ceja. —Entonces esperemos que yo no salga volando también.

No dijo nada, sino que empezó a colocar la escalera sin mediar palabra. Lo observé un momento y luego cogí una cuerda y lo ayudé. No era la primera vez que trabajábamos juntos, pero era la primera vez que la cercanía se sentía diferente. Más intensa. Más rápida.

El viento arreció. Las cuerdas se tensaron en nuestras manos, como si quisieran advertirnos. Al cabo de una hora, el trueno retumbó como un gigante enfurecido sobre el valle y la lluvia comenzó a caer en densos chorros oblicuos.

«No llegaremos a tiempo», grité contra el viento.

Leif asintió con la cabeza y miró a su alrededor. «La vieja cabaña de pescadores en la ladera, está más cerca que la tuya. Vamos».

Dudé solo un instante. Luego echamos a correr, contra las ráfagas que nos sacudían como espíritus hambrientos. En cuestión de minutos, la lluvia había calado nuestra ropa y apenas podía ver dónde pisaba. Pero Leif seguía adelante, imperturbable, y yo seguía su espalda como si fuera una promesa.

La cabaña era pequeña, de vigas toscas, pero estaba seca. Él entró primero, comprobó las vigas del techo y luego me hizo pasar. Cerré la puerta detrás de nosotros, respirando con dificultad, empapado hasta los huesos.

«Mejor que fuera», murmuré.

«Por ahora».

Se quitó el abrigo y yo hice lo mismo. Sacó una manta de una caja vieja que olía a humo y madera vieja, pero estaba seca. Nos sentamos en un rincón, cerca de la estufa, donde él encendió rápidamente un pequeño fuego.

El calor volvió poco a poco a mis dedos.

«¿Te acuerdas?», preguntó finalmente, sin mirarme. «Una vez pasamos aquí la noche. Tú tenías diez años. Yo once».

Sonreí. «Tenías miedo a las arañas».

«Les tenía respeto».

«Gritabas».

Él se rió en voz baja y sentí cómo algo se relajaba dentro de mí. El miedo, lo no dicho, la inseguridad... Por un momento, solo éramos nosotros.

Me ofreció una taza de té de hierbas humeante que había sacado de una pequeña bolsa de cuero. Siempre preparado. Siempre Leif.

Bebimos en silencio, escuchando la lluvia que golpeaba el techo como un tambor de otro mundo.

Entonces sucedió.

Nuestros hombros se tocaron.

Al principio solo fugazmente, a través de la densa tela de la manta. Luego el contacto se mantuvo. Podría haberme echado hacia atrás. Bastaba con medio centímetro. Pero no lo hice.

Sentí su calor, su respiración tranquila, el peso de su presencia. Y de repente sentí frío y calor al mismo tiempo.

«Te observé en la fiesta», dijo después de un rato. Su voz era tranquila, pero sus dedos jugaban con el borde de la taza.

«¿Y bien? ¿Qué viste?».

«A alguien que reía sin estar del todo presente».

Bajé la mirada.

«¿Y tú?», pregunté. «Siempre pareces tan... seguro».

«No lo soy».

Giré la cabeza lentamente. Nuestros rostros estaban cerca. Más cerca que nunca.

Entonces, un trueno retumbó justo encima de nosotros. La cabaña tembló ligeramente. Me sobresalté, asustada, y vi que él también cerraba los ojos por un instante.

Nuestras miradas se cruzaron. Abiertas. Sincera. Por un momento, solo existía el crepitar del fuego, la lluvia y el tono oscuro de sus ojos, que me hizo perder el equilibrio.

Luego, ambos apartamos la mirada al mismo tiempo.

El silencio entre nosotros no era vacío, sino que estaba lleno. Lleno de todo lo que no dijimos.

Capítulo 4

Madera y calor

YRSA

Por la mañana, la tormenta había pasado como si nunca hubiera existido. Solo la valla derribada, el suelo empapado y algunos tejados destrozados daban testimonio de su furia. El aire olía fresco, limpio, casi dulce, a nuevo comienzo.

Me paré frente a mi casa y miré la tabla suelta de la entrada, que colgaba torcida como un brazo cansado. El techo necesitaba nuevas tejas, las vigas de soporte de la pared trasera estaban podridas y la pequeña ampliación que llevaba dos veranos planeando era poco más que un sueño destartalado.

Saqué el hacha del cobertizo y empecé a examinar la madera.

«¿Quieres hacerlo solo?».

Me di la vuelta. Leif estaba a unos pasos, con las manos en las caderas y la cabeza ligeramente inclinada. En su rostro se dibujaba esa sonrisa tranquila y expectante que me aceleraba el pulso y me ponía los nervios de punta.

«Tengo dos manos. Y un hacha», dije.

«Y no tienes un segundo par de hombros».

Dudé. Luego encogí los hombros. «Aceptaré tu ayuda. Pero no se te ocurra decirme cómo tengo que hacerlo».

«Nunca me atrevería», dijo, levantando las cejas, pero reconocí la picardía en su mirada.

Trabajamos uno al lado del otro, sin hablar mucho. Él cortaba los gruesos troncos con movimientos uniformes, mientras yo ordenaba la leña y preparaba los trozos más pequeños para la construcción. El sol se elevaba lentamente, el día se volvía más templado y el sudor me goteaba entre los omóplatos. Me arremangé y me recogí el pelo.

Una vez, sin querer, su mano rozó mi espalda al pasar junto a mí para coger una cuerda. Fue un contacto breve y ligero, pero lo sentí en la piel durante mucho tiempo, como un resplandor.

Me reí, avergonzada. «Ten cuidado, que si no te echo con el hacha».

«Entonces tendré que quedarme hasta que terminemos. Más vale prevenir que curar».

Negué con la cabeza, pero fue un gesto cálido, casi dichoso.

Cuanto más trabajábamos, más natural se sentía. Como si nunca hubiéramos dejado de construir cosas juntos: antes eran trineos, barquitas, a veces trampas para animales salvajes. Ahora eran paredes, techos, algo más duradero.

Más de una vez me sorprendí a mí misma mirando sus antebrazos, el juego de sus músculos cuando levantaba, golpeaba o transportaba cosas. Estaba en su elemento, sudoroso, concentrado. Y tuve que admitir que estaba guapo. Más guapo de lo que me había permitido pensar.

«Me estás mirando fijamente».

Me sobresalté. «Estoy pensando».

«¿En qué?».

«En si la viga transversal está realmente recta».

Él solo sonrió y levantó una ceja. Me di la vuelta e intenté no sonrojarme.

Al atardecer, habíamos terminado la mitad. Las nuevas vigas estaban bien fijadas y la madera apilada ordenadamente junto a la pared de la casa. Me sequé el sudor de la frente y me estiré mientras Leif clasificaba los últimos clavos.

«¿Te quedas a tomar una cerveza?», le pregunté, casi de pasada.

«Depende», respondió sin levantar la vista.

«¿De qué depende?».

«De si la has hecho tú».

Entré y volví con dos jarras de barro, frescas del suelo del sótano y ligeramente empañadas. Le ofrecí una y, en el momento en que la cogió, nuestros dedos se tocaron. Brevemente. Demasiado tiempo para ser un accidente. Demasiado poco para ser una coincidencia.

Me miró.

Sentí que se me cortaba la respiración al devolverle la mirada. Algo se contrajo en mi interior, esa delicada punzada que ya conocía. El zumbido que atraviesa el silencio cuando dos personas están a punto de decirse algo.

Sonreí. «No te dejes envenenar».

Dio un sorbo, sin apartar la mirada de mí.

«Si eso es veneno, no necesito antídoto».

Me reí en voz baja y me senté a su lado en el pequeño banco que habíamos apoyado provisionalmente contra la pared. El sol teñía el horizonte de un color rojo dorado y unos pájaros cantaban en los árboles detrás de la casa. Todo estaba tranquilo, en paz.

Pero bajo la superficie, algo ardía.

No hablamos mucho, pero no era un silencio que nos separaba. Era un silencio que se sentía como un lazo que se tensaba lentamente.

Cuando más tarde se levantó y dejó la jarra vacía sobre la mesa, su mirada recorrió mi rostro por última vez. Yo la correspondí, tranquila, firme.

Se marchó.

Pero su calor permaneció mucho tiempo a mi lado, en el banco.

Capítulo 5

Mirada ajena

LEIF

No sabía por qué lo había sentido de inmediato, pero lo sabía.

Antes incluso de entrar en la plaza, lo oí. Su voz era demasiado alta, demasiado suave, demasiado segura. Extraña. Y reía demasiado. No me gustaban los hombres que reían antes de saber de qué.

Al doblar la esquina, lo vi: un hombre de hombros anchos, vestido con ropas lujosas, con una barba bien cuidada, botas limpias y cabello brillante. Uno de esos que en las grandes ciudades fijan sus propios precios y actúan como si fueran los dueños del mundo. Y allí, junto a él, estaba ella. Yrsa.

Llevaba el pelo suelto, la piel aún fresca por el lavado, la postura de siempre: erguida, atenta, fría. Pero su mirada era suave, demasiado suave para un desconocido.

Algo se tensó en mi interior.

Me obligué a respirar con calma. Seguí adelante, con el saco de grano al hombro. Al acercarme, vi que él se inclinaba ligeramente hacia ella, ese pequeño gesto que utilizan los hombres para provocar una reacción. ¿Y ella? No retrocedió.

«Deberías venir conmigo a Hedeby», dijo él.

Hedeby.

Lo que más me apetecía era dejar caer el saco directamente sobre su pie. En lugar de eso, lo dejé en el suelo, despacio, sin hacer demasiado ruido.

«Yrsa», dije. Nada más. Era suficiente.

Ella me miró con total indiferencia. Como alguien que aún no ha decidido cómo reaccionar.

El hombre se volvió hacia mí. «Eirik. Comerciante de Ribe». Me tendió la mano.

Lo dejé esperar. Luego la estreché, breve y firmemente. «Leif».

Él sonrió. «¿Un amigo de Yrsa?».

Antes de que pudiera decir nada, fue ella quien habló: «Un vecino».

Vecino.

La palabra me resbaló por la espalda como agua fría. Éramos mejores amigos desde la infancia... No dije nada. Pero la miré. Durante mucho tiempo. Abiertamente. Y ella me devolvió la mirada, pero lo vi: esa pequeña sonrisa que le dirigió a Eirik. Apenas se notaba. Pero estaba ahí.

Quería que lo viera.

Y eso me dolió más de lo que quería admitir.

Apenas escuché lo que se dijo después. Probablemente alguna conversación trivial. Me quedé allí, tal vez por rebeldía. Tal vez porque esperaba que volviera a mirarme. Pero no lo hizo.

Así que me fui.

No dije ni una palabra más. Simplemente me di la vuelta y me fui.

•

Era casi de noche cuando llegué a la orilla. Las nubes se habían disipado, el cielo estaba despejado, pero el viento seguía siendo frío. Había recogido una bolsa de piedras. Lisas, redondas, planas, ideales para lanzar.

Cogí una. La lancé. Cayó al agua. Demasiado empinada.

La siguiente voló mejor. Tres saltos.

De niño siempre decía: cuantos más saltos, más esperanza. Hoy no contaba.

Estaba enfadado. Conmigo. Con ella. Con ese Eirik. Y con el sentimiento que se había instalado en mi pecho como un perro enfermo.

¿Qué esperaba?

¿Que solo me viera a mí? ¿Que esperara hasta que por fin encontrara las palabras adecuadas? ¿Que entendiera lo mucho que la quería sin que tuviera que decírselo?

Había sido demasiado lento. Siempre.

Y entonces apareció.

No la vi inmediatamente, solo oí el suave crujir de sus pasos sobre la grava. No me volví. No pude. Si la miraba ahora, con esa expresión en su rostro —curiosa, insegura, quizás un poco burlona —, diría algo que no podría retirar.

Así que tiré la siguiente piedra. Y otra más.

Esperaba que se fuera. Y al mismo tiempo esperaba que se quedara.

Pero no dijo nada.

Y en algún momento se fue.

Me quedé allí mucho tiempo. El agua brillaba a la luz de la luna, tranquila, inocente. Pero dentro de mí no había tranquilidad. Dentro de mí se desataba una tormenta más fuerte que cualquier viento que hubiera soplado jamás sobre el fiordo.

Capítulo 6

La sombra de la decisión

YRSA

Eirik hablaba de Hedeby como si fuera una canción.

De los mercados llenos de colores, los barcos con mercancías extranjeras, las voces en lenguas que sonaban a aventuras. De casas de piedra, de tejados bajo los que vivían historias, de largas noches con fuego y bailes. Yo le escuchaba mientras ataba hierbas en un paño, asentía y hacía preguntas.

Pero algo en mí permanecía en silencio. A la alerta.

«No perteneces aquí, Yrsa», dijo finalmente, mientras caminábamos por el bosque al borde del pueblo. «Eres demasiado inteligente, demasiado despierta para este lugar».

«Me crié aquí».

«Y precisamente por eso sabes que quieres algo diferente».

No dije nada. No se equivocaba. Nunca había tenido intención de quedarme para siempre. Pero ahora... Ahora había algo que me retenía, o alguien. Y no sabía qué pesaba más.

Más tarde, cuando vi a Leif apilando leña, levanté la mano para saludarle. Me vio. Luego volvió a la pila.

Sin sonreír. Sin decir nada.

Me quedé un momento, luego me acerqué. «¿Vas a seguir ignorándome hoy o lo dejamos para mañana?».

No respondió de inmediato. Colocó con cuidado un leño junto al siguiente. Como si la madera fuera más delicada que mi corazón.

«Estoy trabajando», dijo finalmente.

«No dices nada».

«Lo hago a menudo».

«No así».

Suspiró. No en voz alta, pero sí profundamente. «¿Qué esperas de mí, Yrsa?».

«Quizás que no actúes como si nada hubiera cambiado».

Se enderezó y se volvió hacia mí. El sol proyectaba sombras sobre su rostro, pero sus ojos eran fríos. Claros.

«¿Es eso? ¿Lo has decidido? ¿Te has decidido por él?».

«No lo sé».

«Entonces, esa es tu respuesta».

Tragué saliva. Quería decir algo, algo sincero, algo que desatara el nudo que se había formado en mi interior. Pero no encontré las palabras. Solo preguntas.

«Él me ofrece algo, Leif. Algo diferente».

«¿Algo mejor?».

«Algo desconocido».

Él asintió. Y eso fue peor que cualquier «no».

Odiaba que se mantuviera tan tranquilo. Que no me siguiera, que no luchara, que ni siquiera me preguntara qué era lo que realmente quería. Odiaba no saber si eso era fuerza o miedo.

«Te encierras en ti mismo en cuanto las cosas se ponen serias», dije en voz baja.

«Y tú sales corriendo en cuanto te duele».

Dio en el clavo. Yo también.

Me fui.

•

El aire de la tarde era fresco, claro, con olor a niebla. Estaba de pie junto al agua, descalza sobre la arena húmeda, con el pelo suelto y las manos entrelazadas dentro de las mangas. El fiordo estaba en

calma, solo el viento ondulaba el agua de vez en cuando, como si tampoco supiera en qué dirección quería fluir.

Pensé en lo que Leif no había dicho.

En lo que Eirik decía constantemente.

Me preguntaba si se podía perder a alguien aunque nunca se le hubiera confesado abiertamente. Y si se podía perder uno mismo si se elegía lo incorrecto por miedo a no merecer lo correcto.

Oí los pasos antes de verlo.

«Bonito lugar para pensar», dijo Eirik.

No respondí de inmediato. Seguí mirando al agua.

Se acercó a mí. No demasiado, pero tampoco lo suficiente como para parecer neutral.

«Lo digo en serio, Yrsa».

Giré la cabeza lentamente. «¿En qué?».

«En la oferta. En la idea de que estuvieras a mi lado. No como un adorno bonito. Sino como mi compañera».

La palabra pesó entre nosotros. No era incorrecta. No era desagradable. Pero tampoco era fácil.

«Eres muchas cosas, Yrsa. Orgullosa, salvaje, inteligente... y valiente. Pero a veces...». Se calló un momento. «A veces se nota que estás cansada de ser fuerte».

Lo miré durante un largo rato.

Quizás tenía razón.

Pero no sabía si realmente me veía a mí, o solo lo que quería ver en mí.

El viento acariciaba mis pies descalzos, trayendo consigo el sabor de la sal y la duda. Cerré los ojos.

Y, por un momento, deseé que Leif estuviera detrás de mí.

Pero no vino.

v

Capítulo 7

La canción del bosque

LEIF

La vi salir del pueblo temprano por la mañana, sola.

Sin jarra de agua en la mano, sin herramientas, sin destino que yo pudiera identificar. Solo la capa sobre los hombros, el pelo medio trenzado, medio suelto, y ese modo de andar que tenía cuando estaba pensativa, un poco rápido, como si quisiera sacudirse algo.

Esperé un momento. Luego la seguí. No como un cazador, ni como un hombre que busca respuestas. Solo como alguien que quería saber adónde iba cuando nadie la veía.

El camino atravesaba el viejo bosque de abedules, donde la luz era dorada incluso en los días nublados. Entre los troncos había musgo, suave como piel, y el susurro de las hojas sonaba como un suspiro suave y vigilante. Sabía adónde iba incluso antes de verla.

El claro de las runas.

Un lugar antiguo. Lleno de historias que ya nadie contaba. Piedras medio cubiertas de maleza, signos que la lluvia casi había borrado. Y, sin embargo, los que sabían, sabían. Aquí nuestros antepasados habían rezado, amado, jurado. Y ella había amado este lugar desde niña.

Me quedé en la sombra cuando la vi.

Estaba arrodillada entre las piedras, tocando con los dedos una runa grabada, recorriendo suavemente las líneas, como si quisiera sentir lo que alguien había sentido cien inviernos atrás.

Entonces empezó a cantar.

En voz baja. Con delicadeza.

No era una canción que cantaran los hombres en la casa comunal. No era una canción de baile, ni un grito de victoria o honor. Era una canción como la niebla. Como el aliento sobre la piel fría. Antigua, de otra época. La conocía. Su madre la cantaba cuando preparaba las hierbas, con los ojos cerrados, como si hablara con los espíritus.

Las palabras me eran desconocidas, pero la melodía no. Me quedé allí, sin moverme, y se me hizo un nudo en la garganta.

Era tan hermosa.

No por la luz, ni por el movimiento. Sino por la tranquilidad. Estaba completamente en sí misma. Sin estar en guardia. Sin luchar. Sin luchar contra mí. Y ver eso me dolió. Porque lo había visto muy pocas veces. Y porque sabía que nunca lo mostraba cuando alguien la miraba.

Cuando de repente se dio la vuelta, casi se me paró el corazón.

Me había oído. O sentido.

«¿Leif?».

Su voz temblaba ligeramente, no por miedo. Más bien como alguien que se sorprende al ser visto.

Salí de las sombras. Lentamente. A la vista.

«No quería molestar».

Se enderezó y se apartó un mechón de la cara. Su mirada no era fría. Solo alerta.

«¿Cuánto tiempo... llevas...?».

«Desde que cantaste la primera nota».

Tragó saliva. Lo vi.

«No sabía que alguien estaba escuchando».

«Lo sé».

Se hizo un silencio entre nosotros. No era incómodo. Pero tampoco vacío.

«Me enseñó esa canción», dijo finalmente. «Mi madre. Cuando estaba enferma. Era lo único que a veces la despertaba».

Asentí. «Sonabas como ella».

Respiró hondo. «No sé quién soy ahora, Leif. No del todo quien era. Pero tampoco alguien que debería estar en un barco desconocido».

Me acerqué, con cuidado, como si el suelo fuera a romperse entre nosotros si avanzaba demasiado rápido.

«Entonces quédate. Donde puedas ser tú misma».

«¿Y dónde es eso?», preguntó en voz baja.

No respondí. No sabía cómo expresarlo con palabras. Pero lo sabía con mi mano.

La extendí. Sin decir nada.

Y ella solo dudó un momento antes de entrelazar sus dedos con los míos.

Era cálida. Firme. Viva.

No la agarré. No la llevé a ningún sitio.

Simplemente estaba allí.

Y en ese momento, entre las runas y el viento que soplaba entre los árboles, eso era suficiente.

Capítulo 8

El último baile

YRSA

El aroma del verano se extendía sobre el pueblo como una promesa.

Pescado a la parrilla, pan tostado, hierbas del jardín, humo de la hoguera. Los niños corrían descalzos por la plaza, las ancianas trenzaban coronas de flores y, en algún lugar, alguien entonaba una canción que conocía desde mi infancia.

Era la fiesta de San Juan: ruidosa, animada, llena de esplendor.

Yo estaba al margen, con una taza de cerveza con miel en la mano, y me sentía extraña, fuera de lugar. No era una extraña, pero tampoco sentía que perteneciera del todo a ese lugar. Estaba entre lo que era y lo que podría llegar a ser.

Leif no estaba por ninguna parte.

No había hablado con él en todo el día. Desde el claro, había algo entre nosotros, algo que no se había dicho, pero que estaba presente en cada movimiento, en cada mirada. No sabía qué pensaba. Si realmente quería tocarme o solo permitía mi cercanía porque no sabía cómo alejarse.

«Parece que solo estás aquí a medias», dijo Liv mientras me colocaba una corona de flores en la cabeza.

«Creo que eso es exactamente lo que soy».

Ella sonrió. «Entonces baila. Al menos una vez».

Estaba a punto de negarme cuando la multitud se abrió y él se plantó delante de mí.

Leif.

Ni una palabra. Solo su mirada. Despierta, oscura, tranquila.

Me tendió la mano.

Yo puse la mía en la suya.

La música era sencilla: una flauta, unos tambores, un ritmo que recordaba a los latidos del corazón. Al principio nos movíamos lentamente, luego con más fluidez. No como en el primer baile, en la boda. Aquella vez había sido fingido, un intento, un juego. Hoy era... más tranquilo. Más profundo.

Sentía su mano en mi cintura, más firme de lo necesario. Sus dedos en mi espalda. Su calor a través del lino de mi vestido. No nos mirábamos, no directamente, pero sentía su mirada sobre mí, como un suspiro que me llegaba bajo la piel.

Girábamos en círculos, una y otra vez. Mis pies se movían solos, mi cuerpo recordaba su cercanía, como si nunca hubiera olvidado cómo era. Dejé de pensar en nosotros. Simplemente estaba allí. En ese momento. Con él.

La música se ralentizó. El tambor se hizo más suave. Solo seguía sonando la flauta, alta, casi como un susurro.

Nos quedamos quietos, respirando en silencio.

Él me miró.

Levanté la vista.

Y de repente no había nada entre nosotros más que medio suspiro.

Su cara estaba cerca. Demasiado cerca para ignorarla. No lo suficiente como para acabar con ello.

Mi corazón latía con fuerza. No sabía si era su respiración la que sentía o la mía rozando su piel. Todo mi ser se contrajo. Quería besarlo.

Y él... no hizo nada.

Pero tampoco retrocedió.

Su frente se inclinó ligeramente, nuestros alientos se mezclaron y, en ese momento, a solo un suspiro de un beso, alguien gritó detrás

de nosotros:

«¡Yrsa! ¡Se ha acabado el hidromiel! ¿Vienes a ayudar?».

Parpadeé. Leif no se apartó. Solo un poco. Lo justo para que el hechizo no se rompiera, pero se quedara en silencio.

«Debería...». Señalé sin convicción hacia la hoguera.

«Lo sé».

Nos quedamos allí un momento, sin hacer nada. Luego me di la vuelta, lentamente, casi con vacilación, como si quisiera conservar ese momento antes de que se desvaneciera.

Ayudé con la jarra, reí con los demás, pero mis pensamientos seguían allí, donde él había estado.

Más tarde, cuando me dirigía a mi cabaña, solo, lo volví a ver.

Me esperaba en el camino.

No dijo nada. No dio ningún paso.

Me acerqué a él y levanté la mirada. Su mano me rozó brevemente el brazo y luego se inclinó lentamente. Y apoyó su frente contra la mía.

Sin abrazo. Sin beso.

Solo ese contacto tranquilo y profundo que decía más que todo lo que habíamos dicho nunca.

Cerré los ojos. Respiré hondo.

Y cuando los volví a abrir, ya se había ido.

Capítulo 9

Cuando las palabras callan

LEIF

Era como si alguien hubiera abierto una puerta y la hubiera cerrado de golpe antes de que pudiera pasar.

Desde el baile, no podía quitarme de la cabeza el rostro de Yrsa. El momento en que nuestras frentes se tocaron. El aliento de sus labios, que casi besé. Casi. Pero no lo hice. Como siempre, demasiado tarde. Como siempre, demasiado cauteloso.

Pensaba que ese momento había hablado por nosotros. Que los dos sabíamos lo que había allí, sin decirlo, pero era real.

Pero entonces la vi con Eirik.

Otra vez.

Estaba sentada con él al borde de la fuente, riéndose en voz baja de algo que él había dicho. Él tenía el cuerpo vuelto hacia ella, la mano demasiado cerca de su rodilla. Y ella lo permitía. No porque lo quisiera, eso no lo creía. Sino porque yo... no había tenido el valor de abrazarla de verdad.

No podía seguir mintiéndome.

Me di la vuelta y volví a la cabaña. Pero las imágenes permanecieron. Su voz. Su mirada. Y esa risa que en realidad

debería haber sido mía.

•

Esperé a que volviera por la noche.

Me senté en el banco delante de mi casa, con los brazos sobre las rodillas y las manos entrelazadas. Cuando me vio, se detuvo un momento. Luego se acercó, más despacio de lo habitual.

«Leif».

«¿Has pasado una tarde agradable?».

Ella resopló en voz baja. «¿Queremos volver a jugar al juego en el que tú finges que nada te importa?».

Me levanté. Lentamente. «¿Qué esperabas, Yrsa? ¿Que me pusiera celoso? ¿Que levantara la voz, como él?».

«No esperaba nada».

«Entonces has tenido suerte».

Ella frunció el ceño como si le hubiera dado una bofetada. Y tal vez lo había hecho. Pero no con la mano.

«Nunca preguntas. Nunca pides. Me quieres, pero te callas. Siempre. Y cuando hablo con alguien que al menos sabe lo que quiere, entonces...».

«Entonces hablas con él, sí. Abiertamente. Sonriendo».

«¿Y tú? Te retraes como un animal herido».

«Quizá lo soy».

«Pues cúrate tú sola».

Sabía que era cruel. Sabía que la estaba hiriendo justo donde era vulnerable. Pero estaba enfadado. Muy enfadado con ella. Conmigo. Con ese constante y silencioso rodeo.

«¿Crees que voy a irme con él solo porque dice palabras bonitas?».

«Creo que quieres que te vean. Y yo... no sé si estoy haciendo lo correcto».

«No haces nada, Leif. Esperas. Siempre. Quizás esperas a que me vaya de verdad».

Apreté los puños. No por ella. Por la verdad que había en sus palabras.

«Tengo miedo de perderte».

Ella me miró. Y durante un instante hubo un silencio que no dolía. Que solo respiraba.

«Entonces dilo», susurró ella.

No pude.

Algo dentro de mí, un viejo nudo, un orgullo que no protegía nada más que la soledad, me lo impedía. En lugar de eso, dije: «Quizá lo hagas de todos modos».

Ella apartó la mirada de mí y dio un paso atrás.

«Pensaba que nosotros...». Se interrumpió. Sacudió la cabeza.

«¿Sabes qué? Quizás Eirik sea realmente la mejor opción. Él habla conmigo. No me pide cien gestos antes de mirarme como si yo significara algo».

Fue un golpe. Y dolió.

Tragué saliva con dificultad. Pero no dije nada.

Ella esperó. Un latido. Dos. Luego dio un paso atrás, se dio la vuelta y se marchó.

No rápidamente. Pero con la espalda recta.

Oí cómo se abría la puerta de su cabaña.

Luego se cerró con un golpe seco.

Y supe que esta vez no podría ir a buscarla.

Capítulo 10

Nieve en verano

YRSA

La nieve llegó al atardecer.

Al principio solo eran unos pocos puntos blancos que confundí con polvo o polen. Pero cuando salí descalzo a buscar agua al pozo, lo sentí en la piel: frío, suave, real. Nieve. En verano.

Me quedé quieto, mirando al cielo, dejando que los copos cayeran sobre mis mejillas. Se derretían al instante, como pequeños besos silenciosos que no dejaban rastro.

El pueblo estaba en silencio. Incluso los animales se detuvieron. Era como si el mundo contuviera la respiración, no por miedo, sino por asombro. La primavera había pasado y el otoño no había esperado. Como si el año hubiera decidido dar un salto. Y nosotros con él.

Pasé el día solo. Sin visitas. Sin voces. El silencio de mi cabaña fue bienvenido, por un tiempo. La necesitaba para ordenar lo que estaba destrozado dentro de mí.

Las palabras de Leif aún resonaban en mi interior. Pero más fuertes eran las que no había dicho.

Y las mías, afiladas como cuchillas, pronunciadas con ira, no con sinceridad, pesaban en mi lengua. Le había hecho daño. Porque esperaba que me abrazara. Y porque no podía soportar que no lo hiciera.

A última hora de la tarde, me senté junto al fuego, con la espalda apoyada contra la pared y una manta sobre las rodillas. Había consumido casi toda la leña. Afuera, la nieve seguía cayendo, suave y constante.

Entonces oí pasos.

Pesados, familiares. Sin prisa. Solo peso. Constancia.

Sabía quién era antes incluso de abrir la puerta.

Leif estaba allí, con los hombros cubiertos de nieve, dos gruesos leños bajo el brazo. No dijo nada. Yo tampoco.

Pasó junto a mí, puso la leña en la cesta junto a la estufa, comprobó el fuego y lo avivó sin mirarme. Cerré la puerta detrás de él, lentamente.

«Gracias», dije en voz baja.

Él asintió con la cabeza.

Volví a sentarme. Él se quedó un rato de pie, como si no supiera si podía quedarse. Luego, sin decir nada, se sentó en el suelo, a mi lado, con el fuego entre nosotros. Sentí el calor que emanaba de él. No era el calor de la ira, sino el calor silencioso de alguien que se había quedado.

No hablamos.

Pero el silencio era diferente al de ayer. No era cortante. Era suave. Casi como la nieve fuera.

Al cabo de un rato, se inclinó y echó otro leño al fuego. Vi el movimiento de sus manos, fuertes, tranquilas. Recordé cómo me habían sostenido, nunca del todo, nunca durante mucho tiempo, pero siempre con seguridad.

No sabía si podía mirarlo. Si aún podíamos hacerlo.

Y, sin embargo, cuando se recostó, más cerca que antes, me quedé sentada.

La nieve seguía cayendo fuera. Dentro, la luz parpadeaba en sus pómulos, proyectaba sombras bajo sus ojos y lo hacía más hermoso de lo que podía soportar.

Respiré hondo.

Entonces, sin pensarlo, dejé que mi cabeza se hundiera en su hombro.

Se quedó inmóvil por un momento. Solo un instante. Luego exhaló. Lentamente. Y se quedó así.

Su respiración era regular. Su cuerpo, tranquilo. Pero yo sentía que estaba despierto. Igual que yo.

Nos quedamos así un rato, dos personas que habían dicho demasiado y comprendido muy poco. Dos cuerpos que recordaban lo que sus voces habían olvidado.

Entonces él levantó la mano.

Despacio. Vacilante.

Sentí sus dedos, primero casi flotando sobre mi cabello, luego acariciando suavemente un mechón detrás de mi oreja. El contacto fue casi imperceptible, y sin embargo lo fue todo.

Cerré los ojos.

No porque quisiera huir.

Sino porque en ese momento llegué a él.

Capítulo 11

La herida

YRSA

Primero se oyó un crujido. Un sonido sordo y estrepitoso, seguido de un juramento.

Me giré y lo vi soltar el mango del hacha, lanzar la madera a un lado y doblar la mano. La sangre goteaba desde la palma de la mano hasta el suelo helado. No era mucha, pero suficiente para que mi corazón diera un vuelco.

«¡Leif!».

Fui inmediatamente hacia él, le agarré la mano herida, pero él la retiró.

«No es nada», murmuró, demasiado rápido, demasiado tranquilo.

«Estás sangrando».

«He sobrevivido a cosas peores».

«Eso no es una referencia».

Apretó los labios, pero finalmente me dejó hacer. Lo llevé a mi cabaña y lo senté en el banco junto al fuego. Afuera, la nieve seguía crujiendo bajo cada paso, pero aquí dentro hacía calor, estaba en silencio, solo se oía el crepitar de la leña y nuestra respiración.

Me lavé las manos, cogí un paño limpio y me senté frente a él. Su mano temblaba ligeramente cuando la tomé entre las mías. No por el dolor, creo. Sino por lo que se respiraba en el aire.

«Quédate quieto», le dije en voz baja.

Él asintió.

Empecé a limpiar la herida, un corte profundo en la base del pulgar, limpio, pero abierto. Mi mirada se fijó en su piel, pero sentí sus ojos sobre mí. Los sentí en mis mejillas, en mi frente, en mis dedos, que acariciaban con demasiada suavidad su mano áspera.

Debía concentrarme en la herida. Pero percibía cada detalle: el calor de su piel, el juego de los tendones bajo mis dedos, la suave respiración que contenía cuando apreté el vendaje.

«Lo siento», murmuré, sin saber exactamente por qué. Por el corte. Por lo que había entre nosotros. Por lo que ninguno de los dos podíamos decir.

«No tienes por qué disculparte», dijo con calma.

Levanté la mirada.

Él me miró. Sin exigencia, sin ternura. Solo con sinceridad. Y eso fue quizás lo más difícil de soportar.

«Ya casi se ha curado», susurré, aunque no era cierto.

«No te creo», respondió.

Me reí en voz baja. Con un temblor en la garganta. Luego solté su mano, lentamente, casi a regañadientes, y quise retirarme.

Pero seguí agachada. Entre sus rodillas. Demasiado cerca. Y, al mismo tiempo, todavía no lo suficiente.

Su pecho subía y bajaba tranquilamente. Veía las venas de su cuello, el fino sudor en la línea del cabello. Se había quitado el abrigo y apartado la camisa para no perder movilidad, y así estaba allí sentado: abierto, fuerte, vulnerable.

Levanté la mano.

Vacilante.

La posé, muy suavemente, sobre su pecho, donde sentía los latidos de su corazón. Sin apretar. Solo como un susurro. Su piel estaba cálida bajo la mía. Mi pulgar descansaba sobre un latido único y tranquilo.

Él no se movía.

No respiraba.

Yo tampoco.

Estábamos atrapados en un momento que flotaba entre el ser y el querer, y yo sabía que si lo retenía, todo cambiaría.

Entonces retiré la mano.

Lentamente. Casi como en sueños.

«Yo...», empecé a decir, pero la frase se desvaneció antes de nacer.

Él asintió.

Sin decepción. Sin alivio. Solo un gesto que decía: «Lo he sentido. Y yo estaba allí».

Me levanté y di un paso atrás. Su mano seguía sobre su muslo, el vendaje limpio y ordenado, tal y como había aprendido. Pero no era el corte lo que me inquietaba.

Era lo que se había abierto entre nosotros.

No era una grieta.

Era una rendija. Y debajo: calor.

Capítulo 12

No dicho

LEIF

No estaba herido.

No realmente.

La herida de la mano se curó bien, más rápido de lo esperado. Yrsa había hecho un buen trabajo con sus dedos seguros y su mirada, que decía más que las palabras que no pronunciaba. Pero desde entonces... no hubo nada.

Ninguna visita.

Ni siquiera un saludo rápido de camino al pozo.

Ni un roce, ni una sonrisa, ni siquiera una mirada casual.

Y no sabía qué era peor: que ella me evitara o que yo lo permitiera.

Trabajaba más de lo habitual. Transportaba leña que no era necesaria, reparaba cuerdas que aún habrían aguantado años. Estaba cansado, pero al menos mi cuerpo sabía dónde canalizar la energía. Mi corazón no lo sabía.

Cada vez que pasaba por delante de su cabaña, levantaba la vista como por instinto. Esperaba verla fuera. Esperaba que me saludara

con la cabeza, que dijera algo, cualquier cosa. Pero seguía desaparecida. Dentro. Invisible. Inalcanzable.

Quizás era mi castigo.

Quizás era culpa mía por dejarla siempre a medias.

•

Pensaba en su mano sobre mi pecho.

No en el calor, ni en el contacto en sí, sino en el momento en que la retiró.

No había habido ninguna duda. Era miedo.

Y tenía todo el derecho a tener miedo. Al fin y al cabo, yo no era más que una sombra en su vida. Siempre estaba ahí, pero nunca era tangible. Fuerte, mientras nada se rompía. Silencioso, en cuanto algo se volvía importante.

¿Qué podía decir?

¿Que la quería?

¿Que la miraba como si fuera el único lugar donde no me sentía perdido?

No podía.

Había aprendido durante demasiado tiempo a sobrevivir en lugar de mostrar mis sentimientos. Y quizá ella no sabía qué hacer con alguien así.

Quizá Eirik era mejor para ella. Más sencillo. Más ruidoso. Más claro. Él decía lo que quería. Yo no decía nada.

Y así vivimos juntos, otra vez. Casi como antes. Solo que esta vez había más que perder.

•

Al tercer día, la nieve se había derretido. El sol brillaba como si nada hubiera pasado. Los niños corrían descalzos por el barro y pensé que eran afortunados: podían seguir corriendo, mientras nosotros, los adultos, seguíamos atrapados en la nieve, por dentro.

La vi por casualidad, en el mercado. Estaba comprando raíces y hablando con una anciana. Me quedé en la sombra, observándola, vi cómo se apartaba un mechón de pelo de la cara, el mismo gesto que yo había hecho una vez.

No di un paso hacia ella.
Ella tampoco.

•

Esa noche estaba sentado en mi cabaña, el fuego crepitaba lentamente y yo miraba las brasas como si pudiera encontrar allí una respuesta. Oí pasos fuera. Ligeros. Vacilantes.

Luego, un golpe.

Mi corazón se detuvo.

No me moví.

Segundo golpe.

Seguí sentado.

Tercero. Más suave. Casi como una pregunta.

Me levanté. Di dos pasos hacia la puerta. Y me detuve.

Sabía que era ella. La sentía. Su vacilación. Su esperanza.

Levanté la mano. La posé sobre la madera.

Y no pude.

No era valor lo que me faltaba. Era fe. En mí mismo. En ella. En lo que quizá había entre nosotros, o quizá ya no.

Esperé. Escuché su respiración.

Luego, silencio.

Y, en algún momento, los pasos se alejaron. Lentamente. Pero con determinación.

No abrí la puerta.

Y me odié por ello.

Capítulo 13

La despedida del comerciante

YRSA

Los caballos estaban ensillados, las mercancías embaladas y las últimas pieles cuidadosamente atadas con tiras de cuero. La nieve había desaparecido, como si se disculpara por llegar en mal momento, y el sol se reflejaba en el fiordo como si fuera cristal líquido.

Eirik estaba de pie al borde de la plaza del pueblo, donde comenzaba el camino hacia el sur. Tenía el mismo aspecto de siempre: erguido, arreglado, preparado. Pero esta vez no había pose en su mirada. Ni preguntas. Ni ofertas.

Solo despedida.

Me acerqué a él, sin acercarme demasiado, pero tampoco manteniendo distancia. Ambos habíamos guardado silencio durante los últimos días. Hoy había que decir algo, y lo más importante ya estaba entre nosotros.

«De verdad te vas», dije en voz baja.

Él sonrió. «Nunca vine para quedarme».

Asentí con la cabeza. Ambos miramos al animal de carga, que se revolcía en el suelo como si también estuviera nervioso.

«Me gustabas, Yrsa», dijo entonces. «Desde el principio. No porque seas guapa, aunque lo eres. Sino porque no quieres gustar».

Lo miré. Directamente. «Y, aun así, querías que me fuera contigo».

«Porque pensaba que podía despertar tu curiosidad. No domesticarte. Pero quizá... desviarte».

Exhalé. No había reproche en su voz. Solo sinceridad.

«Nunca he sentido suficiente curiosidad por lo que querías mostrarme», admití.

Él sonrió con ironía. «Y yo nunca fui lo suficientemente valiente como para verte por completo. Solo veía lo que quería. No lo que necesitabas».

No dije nada. Pero sabía que tenía razón.

«Te quiere», dijo Eirik finalmente. «Aunque sea demasiado tonto para decirlo».

Lo miré. Sorprendida. Vulnerable. «¿Y cómo lo sabes?».

«Porque soy un hombre. Y porque he visto cómo te mira». Hizo un pequeño gesto con la mano, sin alterarse. «Así es como los hombres miran algo que no creen merecer».

Tragué saliva.

«Pensaba... que no me quería. O que no se atrevía. O ambas cosas».

«Quizás. Pero ¿y si eso no cambia nada? ¿Y si sigues siendo la mujer adecuada para él?».

Bajé la mirada. El silencio se interpuso entre nosotros, pero no era incómodo. Solo... verdadero.

«Deberías amar al hombre que te mira como si fueras una historia que nunca quiere terminar de contar», dijo Eirik en voz baja.

Cerré los ojos. Y supe que Eirik nunca había sido así.

Era Leif. Siempre. Incluso cuando no quería verlo.

Cuando volví a levantar la vista, Eirik había dado un paso atrás. Su mirada era libre. Sin remordimientos. Sin rencor. Solo paz.

«Quizás algún día vengas a Hedeby», dijo. «No por mí. Por ti».

«Quizás», dije.

Se subió a su caballo. Di un paso atrás.

Y entonces se marchó, no como alguien derrotado, sino como alguien que había descubierto un desvío.

.

Caminé lentamente hacia el embarcadero.

El cielo estaba despejado, pero el viento era frío. Me ajusté la capa alrededor de los hombros, me senté en el borde y dejé colgar los pies. El agua estaba en calma, las gaviotas volaban en círculos lejos de la costa.

Pensé en todo lo que había buscado: respuestas, libertad, certeza.

Y en lo que había encontrado: a mí misma, reflejada en dos ojos tranquilos que sentían más por mí que todas las palabras del mundo.

Había estado enfadada con Leif. Porque no hablaba, no luchaba, no se mantenía firme.

Pero ahora lo entendía: nunca fue el miedo hacia mí lo que le hizo dudar.

Era respeto.

Esperó hasta que yo misma supe lo que quería. Hasta que fui libre de elegir, no por rebeldía, ni por inseguridad. Sino por la verdad.

Y la verdad era que

lo quería.

No a pesar de su silencio, sino precisamente por él.

Me quedé sentada en el embarcadero durante mucho tiempo, hasta que el viento me hizo llorar, ¿o era otra cosa?

Cuando finalmente me levanté, supe lo que tenía que hacer.

No mañana.

Hoy.

Capítulo 14

El primer beso

YRSA

No dudé.

Esta vez no.

El camino hacia su cabaña me era familiar: cada piedra, cada rama, cada bache del sendero. Pero mis pasos parecían nuevos. Más claros. Más firmes. No llevaba ninguna cesta, ninguna excusa, ninguna inseguridad. Solo la decisión de no callar más.

Estaba anocheciendo cuando llegué. El humo salía de la pequeña chimenea y detrás de la ventana parpadeaba una luz cálida.

Respiré hondo. Luego llamé a la puerta.

Pasó un momento. Quizás dos. Entonces se abrió la puerta y allí estaba él.

Leif.

Descalzo, con las mangas remangadas, una chispa de sorpresa en la mirada. Y algo más. Algo que oscilaba entre la cautela y la esperanza.

«Yrsa».

«¿Puedo pasar?».

Se hizo a un lado. Entré.

El calor me envolvió. Madera, hierbas, fuego. Y su mirada.

No me quedé quieta, como si no supiera dónde ponerme. Conocía esa habitación. Lo conocía a él. Pero aun así me acerqué a la mesa y pasé la mano por el borde.

«He hablado con Eirik».

Él solo asintió. No dijo nada. Oí su respiración. Vi cómo ponía las manos en el respaldo de la silla, como si necesitara agarrarse a algo.

«Se va. Hoy. Y sabe que yo nunca habría ido con él».

Leif me miró. En silencio. Atento. Como siempre me miraba cuando algo era importante.

«Tengo miedo, Leif», dije en voz baja. «No de ti. Ni de lo que podríamos llegar a ser. Sino de perder algo si me comprometo. De pertenecer menos a mí misma».

Su voz sonó áspera cuando respondió. «No quiero nada que no me des voluntariamente».

«Lo sé». Me acerqué. «Por eso estoy aquí».

Sus hombros se hundieron un poco. Solo un poco. Pero se sintió como un suspiro de alivio.

«He estado esperando a que me dijeras algo», murmuré.

«No sabía si podía hacerlo».

«¿Y ahora?».

Levantó la mirada. Y en sus ojos ya no había ninguna pregunta. Solo sinceridad. Solo calidez. Y ese tipo de anhelo silencioso que nunca se manifiesta en voz alta, pero que lo impregna todo.

«Ahora quiero que te quedes».

Me acerqué mucho. Tanto que podía oler su piel: madera, humo, ese ligero aroma a resina que siempre lo envolvía.

Levantó la mano y me tocó la cadera. Suavemente. Con cautela. Como si cualquier movimiento en falso pudiera ahuyentarme de nuevo.

«Si te beso», dijo con voz ronca, «y te vas porque es demasiado para ti... no me arrepentiría».

No respondí.

Me incliné hacia él, muy ligeramente. Puse mi mano en su mejilla. Él inclinó la cabeza, tan vacilante, tan silenciosamente, que más que un intento parecía una pregunta.

Pero yo no esperé más.

Lo besé.

No con cautela. No con impetuosidad. Solo... por fin.

Nuestros labios se encontraron como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Sin buscar. Sin tropezar. Solo un suave y cálido encuentro. Sentí su aliento, su mano posándose en mi cintura. Sentí cómo mi corazón latía demasiado rápido y cómo el suyo respondía al mismo ritmo.

El beso se hizo más profundo. Lentamente. Sin prisas. Solo cercanía. Solo calor.

Me perdí en él, no como alguien que se entrega, sino como alguien que por fin llega a su destino.

Cuando nos separamos, nuestras frentes permanecieron unidas.

Respiramos juntos.

Lentamente. En silencio.

Y sin decir una palabra, ambos lo supimos:

había sucedido algo que ya no se podía deshacer.

Y tampoco queríamos hacerlo.

Capítulo 15

Entre el fuego y el pelaje

YRSA

Hubo silencio después de que nuestros labios se separaron.

No se dijo nada. Solo nuestras frentes seguían tocándose, nuestras respiraciones se entremezclaban. Su mano descansaba sobre mi cintura, la mía sobre su cuello, y nadie se movía. Quizás porque cualquier movimiento lo habría cambiado todo, o porque ese momento era perfecto tal y como era.

Sentía el calor del fuego en mi espalda, el calor de su cuerpo frente al mío. Y entre nosotros... ya no había frío.

Leif se apartó un poco, solo lo suficiente para poder mirarme. Su mirada era suave. Oscura. Inquietante. Pero esta vez no estaba llena de dudas, sino de respeto. Y algo que se parecía al temor reverencial.

Asentí con la cabeza.

Eso bastó.

Se levantó y me tendió la mano. La tomé. Sus dedos eran ásperos y cálidos, sus movimientos tranquilos, sin prisa. Lo seguí hasta la hoguera, donde había una gruesa alfombra de pieles. No era un

campamento, sino un lugar para descansar, para soñar. Y ahora, para quedarse.

Nos sentamos uno al lado del otro. Nuestras rodillas se tocaban, como cuando éramos niños, pero esta vez era completamente diferente. Diferente para bien.

Sentía el suave latido de mi pulso en las yemas de los dedos. Y sabía que él también lo sentía, porque respiraba más lentamente, porque su mirada se posaba en mis labios, como si hubiera olvidado que podían acercarse aún más.

Deslicé mi mano por su muslo, con cuidado. No era una invitación, era una respuesta. A todas las preguntas que nunca nos habíamos hecho. Lo toqué muy suavemente allí donde se ponía duro.

Él se inclinó hacia mí.

Esta vez fue él quien me besó. Suavemente. Tímidamente. Lentamente. Nuestras bocas se encontraron como manos conocidas. Y entonces, cuando mi cuerpo se acurrucó contra el suyo, cuando mis dedos se aferraron al lino de su camisa, algo dentro de mí se calmó. No había resistencia. No había vacilación. Solo: sí.

Sus manos se movieron por mi espalda, bajo la tela de mi vestido. Lentamente, como si tuviera que ganarse cada caricia. Sentí sus dedos en mi piel, calientes y seguros. Me quité el vestido por los hombros, lo dejé caer y me dejé caer yo también, hacia él, hacia ese nuevo nosotros.

Él tampoco se desnudó apresuradamente. Nada era apresurado. Cada movimiento era una promesa. Una pausa. Una sensación. No era desnudarse, era abrirse.

Cuando mi piel tocó la suya, fue como si hubiera sido hecha para estar allí.

Me deslice en sus brazos. No con ligereza. No con inseguridad. Sino con peso. Con decisión.

Su cuerpo era firme, fuerte, pero suave bajo mis dedos. Sentía los latidos de su corazón en mi pecho, su aliento caliente en mi garganta. Y cuando empezó a besarme, no solo la boca, sino también el cuello, el hombro, la clavícula, contuve la respiración.

Quería conservar cada momento.

No quería olvidar nada.

Mis dedos lo exploraban, tomándose su tiempo, temblando de calor, no de miedo. Y los suyos se deslizaban por mis caderas, mi vientre, como si quisiera aprender cada línea, recordar cada centímetro. No era una conquista. Era un reconocimiento.

Me besó debajo de la clavícula, suavemente, casi con reverencia. Y allí, en ese pequeño lugar, sentí la mayor cercanía.

No era calor. No era embriaguez. Era profundidad.

Lentamente, deslizó los dedos por mi espalda, explorando cada curva y cada ángulo de mi cuerpo. Sentí cómo se me ponía la piel de gallina y un suave gemido escapó de mis labios.

«Yrsa», susurró, con la voz ronca por el deseo. «He esperado tanto tiempo este momento».

Solo pude asentir, incapaz de articular palabra. En su lugar, lo atraje hacia mí, deslizando mis manos por sus anchos hombros y su musculosa espalda. Sentí el calor de su cuerpo mezclándose con el del fuego, y fue como si ambos estuviéramos en llamas.

Me besó suavemente en los labios y yo me abrí a él, dejando que su lengua se deslizara dentro de mi boca. El beso fue profundo y apasionado, y me perdí por completo en él. Sus manos siguieron explorando, encontrando el camino hacia mis pechos. Los rodeó suavemente, acariciándolos, y sentí cómo mis pezones se erigían y se endurecían bajo sus caricias.

«Eres tan hermosa», murmuró mientras se separaba de mi boca y dejaba un rastro de besos por mi cuello. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, abandonándome por completo a la sensación.

Sus labios encontraron mis pezones y los chupó suavemente, deslizando su lengua sobre ellos. Un escalofrío de placer me recorrió el cuerpo y gemí más fuerte, empujándome contra él.

Sus manos siguieron bajando hasta encontrar el camino entre mis piernas. Me tocó donde más lo necesitaba y sentí cómo una ola de placer se acumulaba en mi interior. Sus dedos se deslizaron suavemente por mi zona más sensible y no pude evitar arquearme hacia él, pidiéndole más.

«Por favor», jadeé, apenas capaz de articular las palabras. «Te necesito».

Él asintió, con los ojos llenos de deseo y amor. Lentamente, se colocó sobre mí, deslizando las manos por mis caderas mientras se preparaba. Sentí la punta de su miembro en mi entrada y un nuevo escalofrío de excitación me recorrió el cuerpo.

«Tendré cuidado», susurró, y supe que lo decía en serio. No quería hacerme daño, quería asegurarse de que fuera perfecto para los dos.

Lentamente, comenzó a penetrarme. Sentí cómo me dilataba, cómo me llenaba, y fue una sensación que nunca antes había experimentado. Era intenso y abrumador, y no pude evitar arquearme hacia él, acogerlo más profundamente dentro de mí.

Se detuvo, dándome tiempo para acostumbrarme a la sensación. Sus ojos estaban fijos en los míos y vi la preocupación y el amor en ellos.

«¿Estás bien?», preguntó, y yo asentí, incapaz de articular palabra.

«Sí», logré decir finalmente. «Sigue».

Empezó a moverse lentamente dentro de mí y cada embestida me acercaba más al borde del éxtasis. Sentí cómo el placer se acumulaba en mi interior, cómo se intensificaba hasta que sentí que no podía aguantar más.

Sus movimientos se aceleraron y sentí que me entregaba por completo a él. Nuestros cuerpos se movían al unísono y parecía que fuéramos uno. El calor del fuego, el calor de nuestros cuerpos y la intensidad de nuestros sentimientos se mezclaron en una experiencia única y abrumadora.

Sentí cómo el clímax se acumulaba en mi interior, cómo se acercaba cada vez más. «Me corro», jadeé, y él asintió con la cabeza, intensificando aún más sus movimientos.

«Córrete para mí, Yrsa», susurró, y eso fue todo lo que necesité.

El orgasmo me atravesó como una ola, haciendo que todo mi cuerpo temblara. Grité su nombre mientras el placer me abrumaba, y él me siguió poco después, dejándose llevar por su propio clímax.

Después quedamos estrechamente abrazados, nuestros cuerpos aún unidos. El fuego crepitaba suavemente en el fondo y me sentía completamente satisfecha y plena.

Me arropó con sus pieles y se tumbó a mi lado. Nuestros cuerpos entrelazados, nuestra piel cálida por el fuego. Mi frente contra la suya. Mi mano sobre su pecho. Y entre nosotros: ningún ruido, ninguna duda, ningún Eirik.

Solo el crepitar de las brasas.

Solo nosotros.

Capítulo 16

amanecer

YRSA

Me desperté antes de que amaneciera.

La habitación estaba en silencio. Solo se oía el suave crepitar de las brasas de la noche anterior, débil, pero aún vivo. El aire olía a humo y lana, y a piel. A nosotros.

Estaba tumbada de lado, de espaldas a la puerta, con el brazo de Leif rodeándome la cintura sin apretar. No con fuerza, ni de forma posesiva. Solo estaba ahí. Pesado y cálido como una manta que nunca había conocido, pero que nunca quería volver a perder.

Sentía su aliento en mi cuello, regular, tranquilo. Todavía dormido. O tan bueno en permanecer quieto que yo no lo notaba.

No me moví. No por miedo a despertarlo, sino por miedo a que con el movimiento desapareciera también la magia.

Pero, en algún momento, llegó la mañana.

Me giré con cuidado y lo miré. Tenía los ojos abiertos.

«Estás despierto».

«Hace un rato».

Hablaba en voz baja. No era timidez, solo cautela. Como si quisiera ver cómo reaccionaba antes de moverse.

Deslicé la mano por su brazo, lentamente, un dedo tras otro.

«¿Has dormido bien?», le pregunté.

«Sí. ¿Y tú?».

Asentí con la cabeza. «Mejor que otras veces».

Una sonrisa silenciosa apareció en su rostro. No era la sonrisa amplia y abierta de las fiestas. Era más suave. Más profunda. Una de esas que solo se regalan a personas especiales.

Me senté lentamente y me eché la piel sobre los hombros. Mi cuerpo estaba caliente, lento, agradablemente agotado. Sabía que en ese momento era más hermosa que con cualquier vestido, pero al mismo tiempo más vulnerable que nunca.

Leif se levantó, se puso los pantalones, se acercó a la estufa y echó agua en la pequeña olla.

«¿Quieres comer algo?», preguntó.

Asentí con la cabeza. «Algo sencillo».

«No tengo nada más».

Ambos sonreímos.

Me pasó un trozo de pan, del día anterior, pero lo suficientemente blando como para masticarlo sin esfuerzo. Lo cogí y nuestros dedos se rozaron. No fue casualidad. Tampoco fue intencionado. Solo fue un gesto tierno.

Comimos en silencio. Pero no era un silencio incómodo. Solo uno que aún no sabía cómo hablar después de haber compartido el lenguaje de la piel.

Quería preguntarle qué significaba eso para él. Si era más que un simple momento. Si era un comienzo. O un último beso en una historia que hacía tiempo que había terminado.

Pero me callé. Y él también.

Solo hablaban nuestras miradas.

Él me miraba como si quisiera memorizar cada rasgo de mi rostro. Y yo le dejaba. Porque quería que lo recordara, incluso si me marchaba enseguida.

Porque tenía que irme. En algún momento.

No porque quisiera.

Sino porque era lo que ambos sabíamos: las cosas terminan cuando uno se queda demasiado tiempo.

Me vestí lentamente. Él no se dio la vuelta. No apartó la mirada. Pero tampoco se acercó. Ojalá me hubiera pedido que me quedara. Ojalá le hubiera dicho que quería quedarme.

Pero era demasiado pronto. O quizá no estábamos preparados.

Cuando estaba delante de la puerta, con la mano ya en el pomo, me volví.

Él seguía allí. Desnudo, salvo por los pantalones, descalzo sobre el suelo de madera. En silencio. Abierto. Y, de alguna manera, hermoso en su vulnerabilidad.

«Gracias», dije en voz baja.

«¿Por qué?

«Por la noche».

Él asintió con la cabeza, casi imperceptiblemente. Luego dijo con voz ronca: «No tienes por qué dar las gracias».

Sonreí. Y tal vez temblaba un poco.

Luego abrí la puerta.

El aire exterior era fresco, pero limpio. No quedaba rastro de nieve, ni rastro de duda.

Caminé despacio. No porque tuviera que obligarme, sino porque quería que me viera marchar.

Sentí su mirada en mi espalda. Y no me volví.

Pero sabía que seguía en la puerta.

Y tal vez, solo tal vez, eso significaba más que cualquier palabra.

Capítulo 17

El consejo de los ancianos

YRSA

Me llamaron.

No me pidieron que fuera. No me invitaron. Me llamaron.

Siempre había sido así cuando los ancianos decidían que alguien se encontraba en el umbral, entre una vida y otra. Entre niña y mujer. Entre soledad y compromiso.

Sabía lo que significaba cuando Liv me entregó el pergamino, con los signos oscuros y concisos que indicaban el lugar y la hora. Sus ojos no decían nada. Pero sus dedos temblaban ligeramente cuando me entregó la carta. Como si supiera que allí no solo estaría escuchando, sino que tendría que decidir.

•

La sala de los ancianos no era un lugar cálido.

Hacía frío allí, a pesar del gran fuego que ardía en el centro. Piedra y madera, viejas y venerables, y voces que se contaban por años, no por volumen. Entré con la cabeza alta, pero el corazón me latía con fuerza.

Hoy había cinco personas sentadas: dos mujeres y tres hombres. Todos llevaban pieles sobre los hombros, el símbolo de los ancianos, que solo ellos podían llevar. No había sonrisas. No había vacilación.

Me incliné, como era costumbre.

«Yrsa, hija de Freydis», comenzó la anciana de la izquierda, «has regresado a casa.

Has sido útil. Tu nombre se menciona con respeto».

«Os doy las gracias».

«Es hora de hablar de tu futuro».

Asentí. Esperé.

«Ha venido un hombre con buena reputación y intenciones honestas. Pertenece al pueblo vecino de Skorgard. Es fuerte, prudente, tiene tierras y cosechas. Se llama Harek».

Harek. No Leif.

«Ha pedido tu mano».

Mis manos permanecieron tranquilas en mi regazo. Pero por dentro todo se tensó.

«¿Y qué hay del hombre que yo elija?», pregunté. Tranquila. Quizás demasiado tranquila.

«El que se menciona... no tiene ataduras. Nunca ha hablado. Nunca ha pedido nada. La comunidad exige fiabilidad, Yrsa. No vínculos vagos».

Miré los rostros. Todos serios. Todos viejos. Todos convencidos de saber lo que era mejor para mí, para el pueblo, para el orden.

«Algunos vínculos no necesitan permiso», dije en voz baja.

Se produjo un breve silencio. Entonces, un hombre con barba gris dijo: «Leif es un buen cazador. Un hijo fiel. Pero no ha pedido tu mano. Y tú no te has opuesto».

Me levanté. Lentamente. Mi mirada pasó de un rostro a otro.

«No soy una propiedad. Y no soy una carga. No soy tierra que se pueda repartir».

Me incliné. Más brevemente. Más fríamente.

Luego salí de la sala.

•

El sol ya se había puesto cuando regresé. Sentí las miradas de la gente sobre mí. Lo sabían. O lo intuían. Los murmullos flotaban en el aire como niebla, intangibles, pero perceptibles en cada rincón.

Quería ir a ver a Leif. Quería decírselo, aunque aún no supiera cómo. Quería demostrarle que lo había elegido. No en voz alta. No en el salón. Pero sí en lo más profundo de mi ser.

Pero él no estaba allí.

Esperé en mi cabaña. Salí dos veces, miré hacia el camino.

Nada.

Cuando finalmente lo vi, era casi de noche.

Venía del bosque, con los hombros tensos y la mirada oscura. Cuando me vio, no se detuvo. Se dirigió directamente hacia mí, sin prisas, pero sin vacilar.

«Me lo han dicho», comenzó sin saludar.

Asentí con la cabeza.

«Un guerrero de Skorgard. Harek».

«Sí».

«Lo has oído. Y has guardado silencio».

Quería responder, pero su voz se me adelantó:

«¿Se lo has dicho?».

Lo miré. Todo el tiempo que pude soportarlo.

Luego bajé la mirada.

Y no dije nada.

Capítulo 18

Fuego compartido

YRSA

La puerta se cerró detrás de él con un ruido sordo que sonó como una sentencia.

Me quedé en medio de la habitación, con las manos cerradas en puños, el corazón acelerado y la garganta oprimida. Leif no había gritado. No había regañado. Pero su voz había sido fría. Silenciosa de rabia, y eso era peor que cualquier trueno.

«¿Se lo has dicho?».

Esas palabras aún resonaban en mi interior.

Y mi silencio... había sido respuesta suficiente.

Ahora había vuelto, porque yo se lo había pedido. No con palabras. Solo con la mirada. Con una puerta que yo no había cerrado con llave. Y con un fuego que aún ardía.

«Podrías haberlo dicho, Yrsa».

Estaba de espaldas a la estufa, con los brazos cruzados. Sin distancia. Sin protección. Solo desafío.

Me volví hacia él. «¿Y tú? ¿No podrías haber hablado antes de que fuera demasiado tarde?».

«Yo no fui quien se presentó ante el consejo de los ancianos y guardó silencio».

«¡Porque no sabía si podía hablar en tu nombre!».

Las palabras salieron de mi boca como piedras. Pesadas. Altas. Verdaderas.

«Nunca me dijiste que me querías».

Me miró, y en sus ojos ya no había rebeldía. Solo un dolor cansado.

«Creía que lo tenía. En todo lo que hacía. En cada mirada. En esa noche que pasé contigo sin pedir nada a cambio».

«Pero yo no sabía cuánto quedaría de eso cuando llegara alguien que tuviera más que ofrecer».

«Yo te ofrecí mi persona».

No era una acusación. Era una confesión. Y lo sentí en mi pecho como una herida que por fin se abría después de haberla ocultado durante demasiado tiempo.

Di un paso hacia él. Luego otro. Hasta que lo olí: el humo en su pelo, el bosque en su piel.

«Tenía miedo», le dije. «Si te elijo... no quiero que te vayas. Y no sé si te quedarás».

Me miró, no como alguien que está pensando, sino como alguien que ya lo sabe desde hace tiempo.

«Me quedaré si me dejas».

Levanté la mano y la posé sobre su pecho. Su corazón latía rápido. Como el mío.

«Entonces quédate», susurré.

Él apoyó su frente contra la mía.

No fue un beso. Ni una promesa apasionada. Solo un «sí» silencioso.

•

Más tarde, estábamos tumbados uno al lado del otro. Las pieles sobre nosotros, el fuego crepitando en la pared. Estábamos vestidos. Y, sin embargo, desnudos de una manera más profunda.

Mis dedos estaban entre los suyos. No con fuerza. Solo con tranquilidad. Nuestros pulgares se rozaban a veces. Sin motivo. Sin

objetivo. Simplemente porque podían.

Sentía su calor. Su cercanía. Y la verdad de que la cercanía no siempre necesitaba ruido.

«¿Y si te vuelven a llamar?», preguntó en algún momento.

«Entonces me iré. Y diré que no».

«¿Y si te rechazan?».

Giré la cabeza y lo miré.

«Entonces necesitaré un lugar donde no esté solo».

Él cerró los ojos.

«Lo tienes».

Le apreté la mano.

Y eso fue suficiente.

Capítulo 19

La elección

YRSA

La plaza estaba llena de voces.

Los niños reían, los ancianos escupían al suelo, las mujeres llevaban jarras con un caldo humeante. Era un día de reunión habitual: el pueblo se reunía para intercambiar, hablar, juzgar. Y hoy, todo el mundo lo sabía, también se tomaría una decisión.

La mía.

No llevaba ropa especial. Solo lo que solía llevar: la tela que cubría mi cuerpo no era un símbolo de lo que era.

Mi paso era tranquilo, mi respiración controlada, pero por dentro estaba furioso. Como el viento entre los árboles. Como las olas bajo el hielo.

Sabía que estaban esperando. Los ancianos. Y todos los demás. Un sí a algo que nunca quise. O un no que alteraría su orden.

Los vi sentados, como siempre, en el largo banco de madera de roble. Con el ceño fruncido y las manos juntas. El lugar se quedó en silencio cuando me acerqué a ellos.

«Yrsa, hija de Freydis», comenzó el anciano del medio, «esperamos tu respuesta a la oferta de Harek de Skorgard».

Di un paso adelante. Lo justo para que me oyeran.

«Agradezco a Harek su consideración. Y a ustedes les agradezco su confianza en mi futuro».

Un murmullo recorrió la multitud. Silencioso. Expectante.

«Pero la rechazo».

Silencio.

Ningún rechazo estruendoso. Ningún grito.

Solo... una pausa. Como aire que no encuentra el camino.

La anciana de la izquierda inclinó ligeramente la cabeza. «¿Se puede preguntar por qué?».

Levanté la mirada. No busqué a Leif. Ahora no. No antes de haberlo dicho.

«Porque no pertenezco a nadie. Porque mi mano no se intercambia, no se ofrece, no se negocia. Porque yo misma decido con quién comparto mi fuego».

Algunos guardaron silencio. Otros silbaron. Otros simplemente se quedaron mirando, sorprendidos. Quizás por primera vez.

«¿Y?», preguntó uno de los ancianos. «¿Elegirás entonces... a aquel que crees digno?».

Sonreí. No con frialdad. No con rebeldía. Simplemente con dignidad.

«Hace tiempo que elegí. No por miedo. No por carencia. Sino porque mi corazón se calma cuando estoy cerca de él. Y porque en su mirada nunca he sido menos de lo que soy».

Con eso, me retiré. Sin prisas. Sin dramatismos. Solo con determinación.

Y dejé sus reacciones donde debían estar: en ellos.

•

Me fui sin volverme.

El corazón me latía con fuerza, pero mis pasos eran firmes. Las miradas a mi espalda eran intensas, algunas curiosas, otras críticas. Pero no me pesaban. Ya no.

Detrás de la fuente, bajo el viejo abedul, estaba él.

Leif.

No dijo nada.

Su mirada era tranquila. Atenta. Más profunda que cualquier palabra.

Y entonces levantó lentamente la mano. Sin exigir nada. Sin posesividad.

Simplemente abierta.

Me acerqué a él y deslizé mis dedos entre los suyos.

Encajaban.

Y eso fue suficiente.

Capítulo 20

El juramento en el fiordo

YRSA

No dijo nada cuando me tomó de la mano.

Pero sentí que sabía adónde iba.

El camino se alejaba del pueblo, atravesaba senderos cubiertos de musgo y pasarelas que crujían, pasando junto a árboles que se inclinaban con el viento como viejos conocidos. No hablábamos. Nuestros pasos estaban ligeramente desfasados, su agarre era firme, pero no apremiante. Solo tranquilo. Como un río que sabe dónde está su orilla.

Reconocí el lugar cuando bajamos la última pendiente.

El rincón escondido junto al agua, un lugar que solo nosotros conocíamos. Cuando éramos niños, habíamos recogido piedras allí, con las rodillas mojadas y las manos sucias. Habíamos reído, hablado, guardado silencio. En aquel entonces, el mar era solo mar.

Ahora era un espejo.

Las piedras seguían allí, planas y redondas. La hierba había crecido mucho y las gaviotas volaban en círculos sobre nosotros, gritando.

Leif soltó mi mano y se acercó al borde del agua.

«He venido aquí muchas veces», dijo en voz baja.

Me acerqué a él, con la luz del sol sobre nuestros hombros.

«Lo sé».

«También en los años en que estuviste fuera».

Asentí con la cabeza. Mi corazón latía con fuerza.

Él continuó, y su voz tenía ese tono áspero que adquiría cuando hablaba consigo mismo.

«He pensado mucho en lo que te diría cuando volvieras. Si encontraría las palabras cuando estuvieras de nuevo delante de mí».

Lo miré. Y supe que ya no dudaba.

«Te he amado, Yrsa. Tanto que ya no sabía cómo era antes. He esperado sin saber qué. Y he esperado sin exigir nada a cambio».

Mi respiración se volvió superficial.

«No soy un hombre de grandes palabras. No puedo hacerte promesas que empiecen con oro. Pero puedo darte lo que tengo: mi palabra. Mi vida. Mi nombre, si lo quieres. O solo mi mano, si eso es suficiente».

Se volvió hacia mí. Sus ojos estaban oscurecidos por la luz del sol, pero abiertos. Claros. Sin protección.

Di un paso hacia él.

Y puse mi mano en su mejilla.

«No quiero seguir buscando, Leif», susurré. «No un mundo que brille. No quiero irme si tú estás aquí. Quiero un hogar, cerca de ti, en tu mirada, en tu silencio».

Lo besé. Lentamente. No como un comienzo. Sino como una respuesta.

Y entonces hablé, contra sus labios.

«Te juro que me quedaré mientras me mantengas».

Exhaló temblando y apoyó la frente contra la mía.

Y allí, entre la hierba y la piedra, entre el agua y el viento, todo estaba dicho.

Nos dejamos caer sobre la hierba, sin prisa. Nuestros cuerpos se apoyaron el uno en el otro, su mano en la mía. Sin calor, sin ansia, solo tranquilidad, solo cercanía. Nuestras miradas se posaron en el mar.

Las olas brillaban a la luz.

«¿Piensas a veces en marcharte?», le pregunté.

«Solo si tú vienes conmigo».

Sonreí.

«¿Y si nos quedamos aquí?».

Él asintió. «Entonces construiremos algo que permanezca».

Apoyé la cabeza en su hombro. Sentí los latidos de su corazón bajo su piel.

Y en ese momento todo era amplio, pero al mismo tiempo lo suficientemente estrecho como para vivir en él.

Capítulo 21

La noche sin ayer

YRSA

El viento soplaba con una fuerza que hacía tiempo que no sentía.

No era fuerte, pero sí cortante. Sin previo aviso, sin señales, solo un corte en la noche que puso el pueblo en movimiento. Las voces se hicieron más fuertes. Las puertas se cerraban de golpe. Y entonces: el grito.

«¡El barco! ¡El barco pesquero ha volcado!».

Ya estaba fuera antes de poder pensar. Mis manos buscaron instintivamente la pequeña bolsa de cuero con hierbas y lino, el cuchillo estrecho, lo único que tenía para ayudar.

En la orilla reinaba el caos. Dos hombres ayudaban a sacar del agua a un tercero, medio inconsciente y sangrando. Uno de los remos estaba roto, la red vacía. La tormenta se había abalanzado sobre ellos como un animal.

«¡Yrsa!».

Me arrodillé junto al herido y, nada más verlo, supe que era grave. Tenía la cadera torcida y la pierna doblada de forma antinatural. Y la frente... una herida abierta, profunda y sangrante.

Le puse la mano en el pecho. Estaba vivo. Pero su pulso era débil.

«Llevadlo a la casa comunal. Rápido».

•

Las horas siguientes se difuminaron.

Hervir agua. Detener la hemorragia. Coser. Entablillar. Sujetar las manos.

Apenas hablaba. Mi mundo se reducía al pulso de aquel hombre, a su respiración jadeante, al silencio sepulcral de los ancianos, que observaban en silencio, impotentes, envejecidos, pequeños.

Cuando por fin se hizo el silencio, el silencio absoluto, era noche cerrada.

El hombre vivía.

Pero algo en mí... ya no era como antes.

•

Salí al aire libre, con las manos aún húmedas por el lavado y el pelo suelto. Y allí estaba Leif. Apoyado en el poste del salón, con la frente en la sombra.

«Has tardado mucho», dijo.

Asentí con la cabeza. Él vio mis manos, mi postura, y no dijo nada más. Solo: «Ven».

Volvimos en silencio. Ni una palabra sobre la tormenta, ni una palabra sobre la sangre.

Hasta que estuvimos casi en su cabaña.

«Hay problemas», dijo entonces. «Con Skorgard».

Me detuve. «¿Qué problemas?».

«Mercancías que no llegaron. Acusaciones. Desconfianza. Un comerciante ha dicho que las han confundido a propósito, o que las han robado».

«¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?».

Me miró. Y en sus ojos no había miedo, sino algo más grave. Algo más profundo.

«Quieren un mediador. Y han mencionado tu nombre. Tu origen. Tu carácter tranquilo. Tu... imparcialidad».

Aspiré aire. «Porque pertenezco en parte a ellos».

«Sí».

Bajé la mirada. Sentí una tensión en el estómago. No era miedo, al menos no de inmediato. Era una inquietud antigua y familiar.

«¿Quieres que me vaya?», pregunté.

«No». Su voz era firme.

«¿Quieres que me quede?».

Un momento de silencio.

Luego: «Quiero que no tengas que hacerlo».

Eso me impactó más que cualquier petición.

Nos quedamos allí de pie. El viento llevaba humo entre los árboles, en algún lugar se cerró una puerta. El pueblo respiraba con dificultad.

Y entonces dijo, en voz muy baja: «No sé si podré retenerte si te vas».

Me acerqué a él. Le puse la mano en la mejilla. Lo miré.

«Quizá no se trate de retener», dije. «Sino de reencontrarse».

Se le cortó la respiración.

Y supe que el mundo se había vuelto a hacer más grande. Y que nuestro fuego ya no estaba oculto.

Capítulo 22

El silencio entre nosotros

YRSA

Los días se alargaban. Y se volvían más fríos.

No en la piel, era la llegada de la primavera. Pero sí en mi interior. En nuestro interior.

Apenas hablábamos.

Cuando veía a Leif, en la plaza del pueblo, en el abrevadero, al borde del bosque, le saludaba con la cabeza. Y él me devolvía el saludo. A veces nuestras miradas se cruzaban más tiempo de lo necesario. Pero ninguno de los dos decía nada. Y eso era quizás peor que si hubiéramos discutido.

No sabía exactamente cuándo había comenzado el silencio. Quizás en el momento en que dije que necesitaba pensar. O cuando los ancianos me pidieron que hablara sobre el conflicto con Skorgard. Quizás incluso antes, cuando le cogí la mano bajo el árbol y creí que era el fin de toda la incertidumbre.

Pero nunca lo fue.

El amor por sí solo no era un escudo contra las dudas.

•

A menudo me sentaba junto al fiordo, donde las piedras se adentraban en el agua. Allí donde habíamos jurado apoyarnos mutuamente. Las huellas de nuestros pies habían desaparecido hacía tiempo, pero en mi interior aún se sentía cada paso.

Pensaba en sus palabras.

«No sé si podré retenerte si te vas».

Y me preguntaba: ¿le había pedido que lo intentara?

¿O ya me había ido?

En su mirada no había ira.

Solo precaución. Y ese miedo silencioso y profundo a perder algo que nunca se puede retener por completo. Era el mismo miedo que yo conocía. El mismo que me despertaba por las noches cuando el viento golpeaba las contraventanas.

Quería ir con él. De verdad. Varias veces.

Pero cada vez me quedaba parada antes de llegar al umbral. No porque no lo quisiera.

Sino porque no sabía qué le había causado mi silencio.

•

Mi madre había muerto hacía años, pero su cabaña seguía en pie. Nadie la había tocado. Nadie se atrevía a cambiar el lugar donde ella había vivido, sanado y guardado silencio.

Abrí la puerta con manos temblorosas. Había polvo sobre las pieles. El fuego se había apagado hacía tiempo. Olía a hierba seca y a tiempos pasados.

Puse leña en el fogón. No la encendí.

Quería sentir el frío. Por completo. Sin escapar.

Me enrosqué en la vieja manta que olía a ella... y a mí.

Y allí, solo, en la habitación oscura y silenciosa que no era mi hogar, permanecí despierto. Hora tras hora. Sin sueños. Sin calor.

Y sin Leif.

Capítulo 23

El llamado de los dioses

YRSA

El tallador de runas esperaba al borde de la plaza, como siempre.

Hablaba poco, pero cuando lo hacía, todos le escuchaban. Su voz era tan vieja como la madera que trabajaba: seca, clara, quebradiza solo en el último tono. Los niños se mantenían a distancia, los ancianos le ofrecían hidromiel. ¿Y yo? Llevaba días sin prestarle atención.

Hasta hoy.

Me vio llegar. Y cuando estuve lo suficientemente cerca, asintió lentamente, como alguien que ya ha oído una decisión antes de que se pronuncie.

«Llevas demasiado ruido en tu corazón», dijo.

Me senté en la piedra de enfrente sin contradecirle.

Pasó la cuchilla por un trozo de tejo que olía a corteza fresca. Se hicieron visibles unas líneas. Signos antiguos. Los conocía: protección, cambio, decisión.

Entonces levantó la vista.

«Los dioses han hablado».

Arqueé una ceja. «¿Tan directo?».

«Tan sencillo».

Esperé. Y él siguió hablando.

«Los vi por la noche. Dos lobos. Daban vueltas uno alrededor del otro. Cada vez más cerca, cada vez más rápido. Pero ninguno mordía. Y ninguno se detenía».

Un escalofrío me recorrió la piel.

«¿Qué significa eso?».

«No luchan entre sí. Pero tampoco se atreven a descansar. Cazan en círculos. Y creen que eso es libertad».

Tragué saliva. Mis dedos se aferraron a la tela de mi abrigo.

«¿Y si uno se detuviera?».

«Entonces no sería el final. Sería el comienzo».

Me levanté. Mi corazón latía con fuerza.

El cielo sobre nosotros estaba gris, pesado. La lluvia flotaba en el aire. Oí el aleteo de las gaviotas, el crujir de los barcos. Todo sonaba lejano y, al mismo tiempo, muy cercano.

No corrí.

Todavía no.

Pero sabía que tenía que hacerlo.

Porque había creído que tenía que renunciar a algo para estar con él. Mi libertad. Mi camino. Mi fuego.

Pero eso nunca había sido cierto.

La libertad no era quedarse sola. La libertad era conocerse a uno mismo y, aun así, elegir.

Y yo ya había elegido hacía tiempo.

•

La primera gota cayó cuando tomé el camino detrás de la fuente. Luego otra. Y luego: la lluvia.

Llegó rápido, en grandes gotas que me empaparon en segundos. Pero no me detuve.

Mis pasos se aceleraron. Mi respiración se volvió más superficial. Casi tropiezo, me recuperé y seguí corriendo. El barro salpicaba mis piernas, mi capa se pegaba a mis hombros. Tenía frío, pero no sentía nada más que prisa.

Corrí hacia Leif.

Corrí, no para huir.
Sino para llegar.

Capítulo 24

Cómo me miras

YRSA

La lluvia golpeaba las paredes de madera como una mano que pedía entrar.

Estaba delante de su puerta, empapado hasta los huesos, con el pelo pesado y la respiración entrecortada. No tenía preparadas las palabras. Ni una explicación, ni un plan.

Solo una cosa.

No llamé a la puerta. No dije su nombre.

Solo susurré, casi inaudible:

«Si todavía me quieres...».

La puerta se abrió.

Allí estaba él, descalzo, con la luz del fuego a sus espaldas. La sombra de sus ojos se desvaneció en el momento en que me vio. Y entonces, sin decir una palabra, me atrajo hacia él.

Sus brazos no eran cautelosos.

Ni inseguros.

Sino firmes. Reales. Me abrazó como si hubiera estado esperando ese momento, no a mí como idea, ni un beso fugaz, sino a todo mi

ser desprotegido. El pelo mojado, el corazón palpitante, los dedos temblorosos, todo.

Apreté mi cara contra su hombro, sentí su calor, sus manos en mi espalda, en mi cintura. Mi capa cayó al suelo. Sus dedos encontraron el dobladillo de mi vestido y lo levantaron, lentamente, sin buscar, sino sabiendo.

Lo permití.

Me dejé caer.

Cerca de él. En su profundidad. En lo que ya no necesitaba ser domesticado.

Ya no era un primer contacto vacilante.

Era hambre.

No de cuerpo, sino de conexión. De claridad. De verdad.

Nos desnudamos mutuamente, sin prisas, pero con esa urgencia que surge cuando dos personas han esperado demasiado tiempo para encontrarse de verdad. Sus manos me exploraban, yo exploraba su espalda, sus hombros, sus cicatrices, pequeñas historias que leía en silencio con los labios.

Me besó, en todos los lugares donde mi piel era suave y donde escondía fuerza.

Yo lo besé donde respiraba con dificultad.

Y donde se detenía porque era demasiado para él.

Sus ojos, profundos y oscuros como la noche, se clavaron en los míos cuando me empujó contra la áspera pared de piedra. Podía sentir el calor de su cuerpo, que hacía arder mi piel. Sus labios encontraron los míos en un beso hambriento que liberó todos los sentimientos reprimidos de los últimos años. Nuestras lenguas bailaban juntas mientras sus manos recorrían con avidez mi cuerpo, rodeando mis pechos.

Con un solo movimiento suave, me levantó el vestido y me lo quitó por la cabeza, dejándome solo en ropa interior delante de él.

Sus ojos brillaban de deseo mientras me miraba y yo podía sentir el duro bulto en sus pantalones cuando se apretaba contra mí. Con una mano se abrió los pantalones y los dejó caer al suelo, mientras que con la otra me bajaba las bragas y me dejaba desnuda.

Gemí suavemente al sentir su dura virilidad contra mi piel. Me levantó ligeramente para que pudiera envolver mis piernas alrededor de sus caderas y luego penetró en mí lentamente, pero con determinación.

Un escalofrío de placer me recorrió cuando lo sentí dentro de mí y me aferré a él mientras empezaba a moverse dentro de mí. Cada embestida era como un rayo que atravesaba mi cuerpo y apenas podía respirar por el deseo y la excitación.

La pared de piedra a mi espalda estaba fría, pero el fuego entre nosotros me mantenía caliente.

Sus embestidas se hicieron más rápidas y fuertes, y pude sentir cómo la tensión se acumulaba en mi interior, lista para sumergirme en el abismo del placer. Pero de repente se retiró, dejándome vacía y ansiosa. Grité frustrada, pero él solo sonrió, con un brillo diabólico en los ojos.

Dio un paso atrás, con la mano alrededor de su miembro duro, y comenzó a acariciarse.

No pude evitar mirarlo, fascinada por la forma en que se daba placer a sí mismo mientras yo estaba vacía e insatisfecha frente a él. Era un dulce tormento verlo así, y sentí cómo la tensión seguía creciendo dentro de mí, aunque ya no me tocaba.

Entonces, cuando pensé que no podría aguantar más, se acercó de nuevo y volvió a penetrarme. Esta vez fue aún más intenso, las sensaciones aún más fuertes, mientras me empujaba contra la pared y reanudaba sus embestidas.

Me aferré a él, clavándole las uñas en los hombros mientras me levantaba hacia él, recibiéndolo más profundamente dentro de mí.

Después de unas cuantas embestidas más intensas, me apartó de la pared y me llevó a una mesa cercana. Con un movimiento rápido, tiró al suelo todo lo que había encima y me tumbó sobre ella. Abrí mucho las piernas para hacerle sitio y volvió a penetrarme, esta vez con una ferocidad que casi me abrumó.

Sus manos agarraron mis caderas mientras se movía dentro de mí y pude sentir cómo la tensión seguía aumentando en mi interior, cada vez más cerca del abismo.

Sus embestidas se hicieron más rápidas y fuertes, y yo apenas podía respirar, tan abrumadora era la sensación. Me aferré a la mesa, mis dedos se clavaron en la madera mientras me levantaba hacia él, acogiéndolo más profundamente dentro de mí.

Entonces, cuando pensé que no podría aguantar más, se retiró de nuevo, dejándome vacía y ansiosa. Grité frustrada, pero él solo sonrió, con ese brillo diabólico aún en sus ojos. Volvió a acariciarse y yo no pude evitar mirarlo, fascinada por la forma en que se daba placer a sí mismo mientras yo yacía vacía e insatisfecha ante él.

Pero entonces se acercó de nuevo y volvió a penetrarme. Esta vez fue aún más intenso, las sensaciones aún más fuertes, mientras me tomaba sobre la mesa y reanudaba sus embestidas. Me aferré a él, clavándole las uñas en los hombros mientras me levantaba hacia él, recibiéndolo más profundamente dentro de mí.

Sus embestidas se hicieron más rápidas y fuertes, y pude sentir cómo la tensión seguía aumentando dentro de mí, cada vez más cerca del abismo. Entonces, por fin, no pude contenerme más. Un grito de placer se escapó de mis labios mientras caía en el abismo del éxtasis, mi cuerpo temblaba y se estremecía bajo las olas de placer que me inundaban.

Él me sujetó mientras me perdía en la ola de éxtasis y pude sentir cómo él también se derramaba dentro de mí, su cuerpo temblando y estremecido por la intensidad de su propio orgasmo.

Nos quedamos allí, jadeando y temblando, nuestros cuerpos apretados uno contra el otro, mientras recuperábamos lentamente el aliento.

•

No sabía cuánto tiempo estuvimos así.

Cuántas veces susurré su nombre. Cuántas veces él pronunció el mío, como si fuera una plegaria.

Pero en algún momento, en la oscuridad, entre la respiración y el silencio, lo dije:

«Me pertenezco».

Él no se movió. Pero sentí cómo su corazón latía más rápido.

Y entonces susurré, muy tranquila:

«Pero quiero pertenecerte».
Su brazo me atrajo hacia él.
Y, por un momento, todo quedó en silencio, incluso la lluvia.

Capítulo 25

El invierno que se quedó

YRSA

La nieve caía en silencio.

Sin tormentas. Sin prisas. Solo un suave caer, como polvo de otro mundo. Se posaba sobre tejados y vallas, sobre barcos y senderos, como si estuviera comprobando que todo estaba listo para lo que se avecinaba.

Lo observaba desde la ventana, con una jarra en la mano, los dedos fríos por el frío exterior, pero el corazón cálido por el interior.

Leif aún dormía.

No durmió mucho. Nunca lo hacía. Pero en esas horas de la madrugada estaba tranquilo. Como si ya no hubiera nada entre él y el mundo. Sin dudas, sin obligaciones. Solo su respiración, tan regular como el crujir de la leña en la estufa.

Ahora vivíamos aquí, juntos. Sin ceremonias. Sin vínculos. Solo con una decisión.

Los ancianos no habían dicho nada más.

Quizás porque sabían que no había nada que decir.

Quizás porque veían en nuestras miradas algo que hacía innecesarias las viejas reglas.

O quizás porque se daban cuenta de que no todo lo que debe perdurar tiene que estar escrito en sus libros.

•

Leif trabajaba en un barco.

No para navegar, no de inmediato. Sino para construir. Algo para nosotros. Algo que esperaba sin exigir nada. Lo tallaba en madera de abedul, fuerte, flexible, clara. Yo le ayudaba cuando podía: llevaba cosas, sujetaba, evitaba los hachas.

Pero lo que me pertenecía era la popa.

Allí tallaba runas.

No en voz alta. No en grande. Solo para nosotros. Palabras como «quédate», «libre», «fuego» y «nosotros».

Tallaba despacio, con cuidado, con la mano de mi madre y mi propia voz. No era un hechizo, ni una petición. Era un recuerdo. De lo que habíamos llegado a ser.

•

Los niños susurraban cuando pasábamos. No se reían. Más bien con reverencia. Les oía hablar de la mujer que había dicho no, y luego sí, pero de otra manera. Del hombre que nunca hablaba, pero lo decía todo.

A veces, alguna de las jóvenes me preguntaba cómo era vivir así, sin nadie por encima.

Yo respondía:

«Tengo a alguien a mi lado».

•

Esa noche nevaba más intensamente.

Leif se colocó detrás de mí y me puso la mano en la espalda. Sin insistir. Sin intención. Solo porque era el lugar donde debía estar. Dejé a un lado el cuchillo y me volví hacia él. Olía a resina, a frío, a hogar.

«Ven», le dije.

Bajamos al fiordo.

El cielo era de un gris claro, el mar casi inmóvil. La nieve se posaba en la superficie como un aliento. Y allí estábamos, uno al lado del otro, en silencio.

Miré al agua.

Luego a él.

Luego de nuevo al agua.

Y dije: «Si algún día nos marchamos... será juntos».

Él me miró. Durante mucho tiempo.

Luego asintió con la cabeza.

Y supe que el invierno se quedaría.

Pero no nos quitaría nada.